

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA



TRABAJO INTEGRADOR FINAL

“Autismo, un modo de estar en el mundo”

Autor: Mosca, Brunela Lucía.

Legajo: M- 5172/1

Graduada responsable: Caruso, Guillermina.

Año: 2018

Índice:

Resumen y palabras claves.....3

Introducción.....4

Desarrollo

 La estructura psíquica y el autismo.....6

 Autismo y lenguaje.....9

 El cuerpo en el autismo.....12

 El posible trabajo terapéutico.....13

 ¿Asperger?.....13

Conclusión.....15

Referencias bibliográficas.....17

RESUMEN:

El presente ensayo surge a partir de mi interés en el autismo luego de concurrir al seminario de pregrado "Psicosis y Autismo infantil", dictado en la Facultad de Psicología UNR, en el cual dichos temas son abordados desde el enfoque psicoanalítico, pudiendo pensar estas patologías de un modo reflexivo y no definitivo. Esto despierta en mí el interés por el autismo y sus posibles abordajes, como así también abre a diversos interrogantes que me llevan a recortar ciertos posicionamientos teóricos, incluso teniendo en cuenta que muchos de ellos quedarán abiertos a nuevos estudios en el futuro.

PALABRAS CLAVES:

Autismo

Psicoanálisis

Lenguaje

Cuerpo

Asperger

INTRODUCCIÓN

En el presente ensayo, intento exponer algunos elementos teóricos con los que el psicoanálisis procura abordar el autismo. Este término y el de espectro del trastorno autista fueron utilizados por primera vez por el Doctor Eugen Bleuler en 1911 para describir a un grupo de niños “encerrados en sí mismos”. Más tarde, Leo Kanner lo señaló como un síndrome distinto; tras estudiar a once niños con características peculiares, los definió como “ensimismados y con severos problemas sociales, de comportamiento y en la comunicación”. Por su parte, Hans Asperger, realizó un estudio parecido en 1944, sobre un grupo de niños con rasgos similares a los descritos por Kanner, pero con una diferencia fundamental: podían hablar. Este síndrome se conoció como ‘de Asperger’.

Existen muchas hipótesis sobre las posibles causas del autismo, pero todavía resulta un problema complejo, y motivo de polémica, lograr definirlo. Algunas de esas hipótesis explican su etiología por cambios genéticos; otras, la atribuyen a problemáticas ambientales, como la contaminación; y otras, finalmente, culpabilizan a padres fríos. Desde el psicoanálisis, también se han adoptado distintas perspectivas, pero aquí nos interesa en particular una línea que no considera el autismo como una patología estigmatizante, sino como una elección. Pero ¿qué significa pensar el autismo como una elección? Según intentamos mostrar a lo largo de este trabajo, esa mirada nos lleva a interrogarnos sobre el proceso de estructuración del sujeto. Igualmente, tenemos que ocuparnos de algunas definiciones, por ejemplo, la de Síndrome de Asperger, a fin de poder diferenciarlos de esos planteos.

Para desarrollar este punto de vista, me he basado en las memorias de Daniel Tammet, tituladas *Nacido en un día azul* (2006). Tammet hace referencia allí, en primera persona, a una serie de experiencias a las que se vio expuesto desde su infancia, ya que fue tempranamente diagnosticado con Síndrome de Asperger. Relata, además, sus vivencias e impresiones con respecto a ello. En tal sentido, considero que el acercamiento al libro ofrece un material que puede ser abordado desde otra lectura a la luz de la teoría psicoanalítica. Desde mi punto de vista, la posición que Tammet deja traslucir en su libro permite pensar el autismo como un modo singular de estar en el mundo, y no como una discapacidad.

Los autores en los cuales me he apoyado para nutrir este abordaje provienen del psicoanálisis y de la psiquiatría. En el campo del psicoanálisis, recurrí a autores clásicos, como Sigmund Freud y Jacques Lacan, particularmente, en lo referido a la constitución subjetiva. Pero también apelé a la obra de contemporáneos, como Jean-Claude Maleval, Margaret Mahler, Silvia Elena Tendlarz y Marcela Errecondo, que se enfocan más directamente en el objeto de este trabajo. Por último, en cuanto a la psiquiatría, me interesan los aportes de Lorna Wing, relacionados con la descripción de conductas autistas.

Finalmente, para la organización de este trabajo, me ha parecido pertinente dividir la exposición en cuatro apartados seguidos de unas breves consideraciones de carácter provisorio que presentare a modo de conclusión. En primer lugar, intento realizar un desarrollo centrado en indagar acerca de la estructura psíquica del autismo; fundamentalmente, a partir del modo en que, desde un primer momento, el ser humano depende de otro para su supervivencia; pero, además, me enfocaré en resaltar las diferencias con la estructura neurótica. En este punto, me valgo de los trabajos de Lacan (2002, 1981) Mahler (1958) y Maleval (2011).

En segundo lugar, he intentado acercar algunas líneas de reflexión sobre la problemática del lenguaje en el mundo del autista, a fin de interrogar una dimensión, la del llamado, que, según lo plantea Lacan, no se constituye. Lorna Wing (1998), por su parte,

considera que la problemática del lenguaje, presentándose bajo distintas manifestaciones, puede ofrecer un indicio de autismo ya en los primeros años de vida.

En tercer lugar, el eje del desarrollo está puesto en la noción del cuerpo, en relación con lo propuesto por Tendlarz (2015). La autora retoma a Miller, y plantea que en el autismo no hay cuerpo. En tal sentido, trato de pensar el cuerpo en virtud de lo expuesto por Lacan con respecto al estadio del espejo y el término cuerpo fragmentado.

En cuarto lugar, he intentado presentar el posible tratamiento del autismo desde el psicoanálisis, diferenciándolo claramente de las terapias conductistas, en las cuales se trata de “enseñar” al autista modos de comportamiento que no se dan espontáneamente en él. El psicoanálisis, por el contrario, aborda el tratamiento partiendo de lo singular de cada caso, ya que se entiende que existen diferentes maneras en las que cada sujeto puede hacer habitable su mundo.

Por último, dedico una serie de reflexiones en las que procuro exponer los cuestionamientos que pueden hacerse desde una posición psicoanalítica al llamado “Síndrome de Asperger”, definido como una condición del neurodesarrollo.

La estructura psíquica y el autismo

Ya en los orígenes del psicoanálisis, la formulación acerca de cómo se estructura la psiquis humana fue uno de los grandes problemas que se le plantearon a Freud. En tal sentido, una teoría de la estructura del sujeto resulta una referencia imprescindible a la hora de aproximarnos a un tema como el que nos ocupa.

No obstante, es en el texto "El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica" (Lacan, 2008) donde encontramos un aporte fundamental para nuestro enfoque. Allí Lacan (2008) plantea que los seres humanos nacemos indefensos, no listos biológicamente para sobrevivir sin otros. Entonces, ¿cómo llega el niño a superar los avatares que esto le supone y constituir su yo?

Al respecto, señala el autor:

Este desarrollo es vivido como una dialéctica temporal que proyecta decisivamente en historia la formación del individuo: el *estadio del espejo* es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se suceden desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad - y hasta la armadura por fin asumida de una identidad alienante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental. Así la ruptura del círculo del *Innenwelt* al *Umwelt* engendra la cuadratura inagotable de las reaseveraciones del yo (Lacan, 2002, p.102).

Este desarrollo parecer ser el que, precisamente, no se realiza en el caso del autista; por el contrario, la imagen que este tiene del cuerpo es una imagen fragmentada. Al respecto, Daniel Tammet (2006) recuerda momentos de su infancia en los que queda de manifiesto las dificultades que enfrentó en esa etapa de desarrollo.

Mis padres me cuentan que era solitario, que no me mezclaba con los otros niños, y que los supervisores me describían como absorto en mi propio mundo. El contraste entre mis primeros años y esa época debió de ser muy intenso para mis padres, al pasar de ser un bebé gritón, llorica y que se daba cabezazos a un niño absorto en sí mismo y distante. En retrospectiva, ahora se dan cuenta de que ese cambio no fue necesariamente una señal de mejoría, tal y como creyeron entonces. Pasé a ser casi «demasiado bueno», demasiado tranquilo y poco exigente (Tammet, 2006, p. 16).

A partir de esta cita de las memorias de Daniel, podemos pensar acerca de aquello que Lacan llama el "cachorro humano" cuando se refiere al bebé recién nacido. Especialmente, a fin de considerar el modo en que tiene lugar la constitución psíquica del sujeto. Lacan se refiere al cuerpo fragmentado para dar cuenta del cuerpo que aparece bajo la forma de miembros desunidos, y nos dice que esta forma se muestra tangible en el plano orgánico mismo, en los síntomas de escisión esquizoide o de espasmo de la histeria. En el momento en que termina el estadio del espejo, se inaugura, por la identificación con la imago del semejante, la dialéctica que liga al yo con situaciones socialmente elaboradas (Lacan, 2002).

Encuentro significativo destacar la importancia de la relación madre hijo, no sólo porque garantiza la supervivencia física del bebé, sino también, su desarrollo emocional.

En la historia de Daniel, se plasma claramente como su llegada revolucionó a la familia; más allá de su individualidad, esa llegada generó, indudablemente, un cambio en la forma de vida y en el modo de pensar a ese niño.

A partir del estadio del espejo, que, como menciona Lacan, se da entre los 6 y los 18 meses de edad, el cachorro humano reacciona con entusiasmo al contemplar su imagen en el espejo. Hasta ese punto, el cuerpo no es percibido más que como una serie de sensaciones fragmentadas. En el momento en que ve su imagen en el espejo y otro le dice que es él quien aparece allí, el niño adquiere la noción de completud aparente de su cuerpo a partir de la imagen. Se abre así la posibilidad de un nuevo dominio del cuerpo. Este proceso implica la identificación con un "otro". Lacan llama "lo imaginario" al registro en el que tiene lugar esta identificación. Este proceso da lugar a la formación del Yo, que se construye a partir de una imagen externa, lo cual implica que la identidad nos es dada desde afuera. Por lo tanto, entendemos de qué modo es indispensable el otro para la supervivencia del recién nacido.

A partir de estas observaciones, el cuerpo del autismo puede percibirse como un cuerpo fragmentado que no ha logrado elaborar el estadio del espejo, ni dar lugar a la identificación con el otro como semejante. Es por esta vía que podría abordarse, en el autismo, o bien la inexistencia del otro, o bien la presencia del otro como amenazante. Más adelante, retomaremos la cuestión del cuerpo en el autismo.

También para Margaret Mahler (1958) somos seres dependientes de los otros. Desde su perspectiva, los primeros vínculos del ser humano con los otros son indispensables para la supervivencia de todo hombre. En este sentido, la autora se abocó a investigar el vínculo madre-hijo en las perturbaciones emocionales. El pequeño humano depende, para su supervivencia, de los cuidados de una madre o de un sustituto materno durante un largo periodo; mucho después del nacimiento del niño, es necesaria una simbiosis social, característica de la especie, entre la madre y el hijo. Mahler (1958) sostiene, al respecto, la hipótesis del origen simbiótico de la condición humana. Según esa hipótesis, el psiquismo se va estructurando a partir de un proceso de separación-individuación, y adquiere así la identidad.

Para poder pensar la estructura en el autismo, me parece fundamental, por otra parte, apelar a Jean-Claude Maleval, quien pone el acento no en la dependencia del otro, sino en el significado que tiene el otro para el autista: "El borde autístico es una formación protectora contra el Otro real amenazante. [...] El autista se dedica a crear un borde que separa su mundo tranquilizador y controlado del mundo caótico e incomprensible" (Maleval, 2011, p.96).

Maleval retoma aquí una idea de Laurent, que sitúa el autismo como una estructura que se caracteriza por un rechazo de la alienación significativa y de un retorno del goce sobre un borde. El goce retorna sobre un borde, y se constituye así, en el autista, un encapsulamiento. El aislamiento extremo, la indiferencia afectiva, la ritualización de ciertas acciones, son un modo de construir un borde, un intento por diferenciar el yo y el no-yo. El autista se envuelve en sensaciones corporales con las cuales crea su envoltura protectora, y se vuelve insensible a sensaciones como el dolor. Muchas de las manifestaciones típicas del autismo están vinculadas con modos en los que el sujeto logra construirse un borde a través del encapsulamiento.

Muchas veces, los autistas construyen un doble como forma de defensa, que les permite hacer contacto con los demás desde un lugar seguro. El doble, por ejemplo, puede ser un objeto que el autista utiliza para relacionarse con otras personas. Tanto el televisor como la computadora pueden mediar entre él y el mundo, pero también pueden hacerlo un dibujo animado —al que imita—, una voz neutra o un teclado de ordenador que permita la comunicación con otro.

Podemos ubicar, en las memorias de Daniel, el modo que él encontraba seguro a la hora de comunicarse.

Para quienes tienen autismo, hay algo emocionante y tranquilizador en el hecho de comunicarse con otras personas a través de Internet. En primer lugar, para hablar por los canales de charla —los chats— y para enviar correos electrónicos no se necesita saber ni cómo empezar una conversación, ni cuándo sonreír, ni las numerosas sutilidades del lenguaje corporal, como sucede en las situaciones sociales. No hay contacto visual y es posible comprender todas las palabras del interlocutor porque todo está escrito (Tammet, 2006, p.90).

Sabemos por el psicoanálisis que el neurótico está atravesado por la castración; de alguna manera, está “agujereado”, su Otro supone una falta. En el autismo no está simbolizada la falta, no hay agujero. Al no tener inscrita la falta en el Otro, el autista se siente indefenso ante este, y percibe al Otro como amenazante y destructor. El borde que construye el sujeto autista es una barrera que le permite defenderse del mundo. Los movimientos rítmicos, balanceos o presiones sobre los ojos son una forma de aislarse del mundo a la vez que le facilitan canalizar tensiones e inseguridades. Daniel plantea en sus memorias el displacer que le generaba trabajar en grupo en el colegio; podemos leer, narrado con elocuencia en las líneas que siguen, el temor que siente el autista frente a los otros.

Me horrorizaban las actividades de grupo en el aula, cuando antes había trabajado encantado con Rehan. En lugar de ello, el profesor debía preguntar en voz alta: « ¿Alguien me puede hacer un favor y formar equipo con Daniel?». Pero nadie quería y a menudo tuve que trabajar solo, lo cual me parecía estupendo (Tammet, 2006, p.66).

Finalmente, Daniel encontró el modo de comunicarse a través de internet. Le parecía emocionante y tranquilizador; y así halló la manera de evitar el contacto visual, las sonrisas y todo lo que comprende la comunicación con otra persona en el plano real. Sin embargo, con el tiempo logró descubrir un modo de tener empatía con los otros. Daniel lo cuenta aquí:

Desde que puedo recordar, he experimentado los números de la manera visual y sinestésica. Son mi primer lenguaje, en el que suelo pensar y sentir. Normalmente me resulta difícil comprender las emociones o saber cómo reaccionar ante ellas, así que utilizo los números como ayuda. Si un amigo me dice que se siente triste o deprimido, me imagino a mí mismo sentado en la oscura cavidad del número seis para ayudarme a experimentar el mismo tipo de sensación y así comprenderla. Si leo en un artículo que una persona se siente intimidada por algo, me imagino a mí mismo junto al número nueve. Siempre que alguien describe una visita a un lugar hermoso, yo recuerdo mis paisajes numéricos y lo feliz que me siento en su interior.

Lo cierto es que los números me ayudan a comprender mejor a otras personas (Tammet, 2006, p.8).

Desde mi punto de vista, Daniel tiene la intención de comunicarse con los demás y tratar de entenderlos, pero no es algo que nazca naturalmente en él, sino que requiere de una práctica.

Esto nos lleva a pensar nuevamente en las particularidades de la estructura autista, en la cual el impedimento para relacionarse con los otros tiene un fundamento en la estructura misma del sujeto.

El autismo y el lenguaje...

Durante largo tiempo se consideró que el autismo suponía “groseras dificultades en el desarrollo lingüístico” (Kanner, citado por Waisburg, 1992), e incluso directamente la incapacidad de hablar.

Tendlarz y Bayón (2013), en su libro *¿Qué es el autismo? Infancia y Psicoanálisis*, abordan la relación entre autismo y lenguaje desde el punto de vista del llamado. Al respecto, toman una cita de Lacan, en la que este plantea lo siguiente: “Ocorre que este niño no produce ningún llamado. El sistema por el que el sujeto llega a situarse en el lenguaje está interrumpido a nivel de la palabra” (Lacan, citado en Tendlarz y Bayón, 2013, p. 35).

Los autores plantean que en el autismo hay una dimensión que no se constituye, o lo hace deficientemente, que es la del llamado. El llamado es anterior a la constitución del lenguaje y del Otro. Tal como señala Lacan (Tendlarz y Bayón, 2013), el grito del niño es sancionado por el Otro que le da una respuesta significativa, y en esa respuesta, en ese acto de sanción del Otro, el grito se constituye en llamado. El llamado supone al Otro; el grito en tanto secreción orgánica, en cambio, prescinde de él, como si concerniera solamente al organismo. Para que el grito se convierta en llamado se necesita el acuse de recibo del Otro, el reconocimiento del Otro. El Otro que escucha funda con su respuesta al sujeto. Es decir, llamar al Otro significa fundarlo como tal, y simultáneamente, ser fundado como sujeto por el Otro. El problema se presenta cuando el niño no produce ningún llamado. La palabra no le ha llegado.

Lacan habla del “baño del lenguaje” para situar que todas las necesidades del niño son significadas por aquellos que se ocupan de él; a saber, por aquellos que ocupan el lugar del Otro. La respuesta del Otro, que convierte el grito en llamado, es una respuesta de lenguaje.

Los autores plantean que el niño autista dispone del lenguaje, que puede enunciar y comunicar, pero lo que no está es la dimensión del llamado, primera forma de la direccionalidad al Otro. Y si el lenguaje no dispone del llamado, es un lenguaje sin Otro. Si el llamado se inscribe, un sujeto puede tomar la palabra y hablarle al Otro; por lo tanto, el llamado es el tiempo cero de la palabra que funda al sujeto. Si no hay llamado, tampoco habrá palabra. En el sujeto autista, algo queda detenido en ese pasaje del lenguaje a la palabra por su rechazo a entrar en la dimensión del llamado.

Desde nuestra perspectiva, Lacan propone que en el autista hay algo que se congela, de lo que se trata es de saber por qué.

Según Tendlarz y Bayón (2013), el estatuto del llamado como elemento que permite el pasaje del lenguaje a la palabra, ofrece la ocasión de ubicar la consecuencia principal de la ausencia del llamado en la inexistencia del Otro. Esto es lo que define al autismo, la inexistencia del Otro. Para el autista, el otro no tiene ese rasgo fundamental

necesario para el sujeto; aquel que da y reconoce, que humaniza al semejante. Más aún, para el autista, el otro no se diferencia en nada de cualquier otro objeto del mundo exterior.

Podemos dar cuenta de esto en el texto que nos transmite Daniel, acerca de sus primeras experiencias con otros niños en una guardería.

¿Qué les parecía a los otros niños? No tengo ni idea, porque no los recuerdo. Para mí eran el telón de fondo de mis experiencias visuales y táctiles. No tenía la noción de juego como de una actividad compartida. Parece que las chicas de la guardería se acostumbraron a mi comportamiento inusual, porque nunca intentaron hacerme jugar con mis compañeros. Tal vez esperaban que me fuese acostumbrando a los niños que me rodeaban y que acabase relacionándome con ellos, pero nunca lo hice (Tammet, 2006, p.17).

Aquí vemos, asimismo, lo que anteriormente mencionamos como inexistencia del otro:

Entiendo el concepto de reciprocidad, de compartir las experiencias. Aunque todavía hay veces en las que me resulta difícil abrirme y compartir algo de mí mismo con los demás, lo cierto es que la necesidad de hacerlo está realmente dentro de mí. Tal vez siempre estuvo ahí, pero me hizo falta tiempo para descubrirla y comprenderla (Tammet, 2006, p.19).

En el caso Daniel existe la necesidad de compartir algo con los demás, pero le resulta muy difícil. Podemos pensar su evolución en relación con ese esfuerzo que él hizo para lograr un contacto con los otros; a pesar de su dificultad, algo lo movía a tener algún contacto y lo logró.

A veces había niños de clase que intentaban hablar conmigo. Digo «intentaban» porque para mí era difícil interactuar con ellos. Para empezar, no sabía qué hacer ni decir. Siempre acababa mirando al suelo mientras hablaba y ni siquiera se me pasaba por la imaginación establecer contacto ocular. Luego, levantaba la cabeza y los miraba, pero era algo que requería una gran fuerza de voluntad y que me hacía sentir extraño e incómodo. Cuando hablaba con alguien, solía ser mediante una larga e ininterrumpida secuencia de palabras. La idea de hacer una pausa o conversar respetando los turnos no era algo que se me ocurriese (Tammet, 2006, p.50).

Daniel comprendía perfectamente los códigos de la comunicación, pero no le resultaba fácil ponerlos en práctica; como ya dijimos, no era algo que le saliera naturalmente. Sin embargo, como mencionábamos anteriormente, tenía la necesidad de hacerlo, y eso es lo destacable en Daniel, el modo en que él pudo encontrar distintas vías para generar cierta aparición del otro.

Practicar todas esas aptitudes ha sido muy importante para mí porque lo que más deseaba era ser normal y tener amigos como los demás niños. Siempre que adquiría una nueva capacidad, como mantener el contacto ocular, me parecía algo muy positivo porque para conseguirlo había tenido que esforzarme mucho y la sensación personal de logro era increíble (Tammet, 2006, p.51).

El lenguaje en los autistas se manifiesta, como adelantamos, de una manera muy particular; algunos hablan y otros, directamente, no lo hacen nunca. La psiquiatra británica Lorna Wing(1998), quien se involucró en la investigación de trastornos del comportamiento, a raíz de tener una hija autista, se centró particularmente en el espectro del autismo.

La autora plantea que la mayoría de los niños con trastorno autista muestran, desde la primera infancia, signos de problemas sociales y de comunicación. También son muy comunes los problemas de alimentación. Sin embargo, el diagnóstico nunca se efectúa antes de los dos años de edad. Son niños que no se preocupan por compartir goce. Muchos pueden sonreír cuando se les hacen cosquillas, se les abraza o se les hace saltar arriba y abajo, pero no al mirar a la cara de alguien. En los primeros años, el balbuceo tiende a ser limitado en cantidad y pobre calidad, y normalmente, no desarrolla el modelo de entonación ni la gama de sonidos del habla corriente, que, por lo general, comienza hacia el final del primer año.

Con frecuencia, los padres empiezan a preocuparse durante el segundo año de vida, si el niño no habla, o si el patrón de conducta es diferente al de los niños de la misma edad. Sin embargo, es común que algunos niños autistas muestren un alto nivel de habilidad en algunas áreas, y esto hace que los padres no se preocupen hasta el tercer año, o incluso más tarde. En cualquiera de los casos, el diagnóstico del trastorno autista surge en los años preescolares.

Según la autora, la tríada de deficiencias que aparece en todos los casos está integrada por deficiencias sociales, de la comunicación y de la imaginación, además de la conducta repetitiva. Todos estos aspectos son cruciales para el diagnóstico.

En cuanto al lenguaje, Wing (1998) describe cómo algunos niños, tal vez uno de cada cuatro con trastorno autista, no hablan nunca y permanecen mudos toda su vida. Otros son capaces de emitir repeticiones de sonidos mecánicos y quizás una palabra única. El resto desarrolla el habla, aunque comienzan después de lo normal. Al principio, repiten palabras pronunciadas por otras personas; pueden copiar el acento y la entonación. Sin embargo, la repetición de palabras puede tener poco sentido para el niño, ya que repiten como un loro (ecolalia), y algunos hasta reproducen frases que han oído en el pasado (ecolalia retardada). Un niño autista puede utilizar siempre la misma frase u oración gramatical en una determinada situación, porque en esta situación es cuando la oyó por primera vez. Algunos niños no pasan la etapa de eco, pero otros llegan a la etapa siguiente que comienzan a decir algunas palabras o frases construidas por ellos.

Algunos conservan estas anomalías del habla en la vida adulta, otros mejoran y algunos desarrollan una buena gramática y amplio vocabulario.

Daniel tiene una relación particular con el lenguaje, le interesa aprender idiomas y hasta inventó un lenguaje propio, tal como él nos cuenta, para aliviar la soledad y para disfrutar del placer que experimentaba con las palabras. Cuando tenía una emoción muy intensa, se formaba un término nuevo en la mente de Daniel, que expresaba lo que él sentía.

Continué soñando que un día hablaría un idioma que sería sólo mío, que no se burlarían de mí ni me regañarían por utilizarlo y que expresaría algo de lo que era ser yo. Tras dejar la escuela descubrí que contaba con el tiempo suficiente para empezar a desarrollar en serio esa idea. Escribía palabras en trozos de papel según se me ocurrían y experimenté con diversos métodos de pronunciación y construcción de frases. Llamé «mänti» a mi idioma, de la palabra finesa mänty, que significa «pino». Los pinos son árboles que viven en gran parte del hemisferio norte y especialmente numerosos en zonas de Escandinavia y la región báltica. (Tammert, 2006, p.106)

Me interesa resaltar de esta cita el entusiasmo que mueve a Daniel mostrarse tal cual es, tal es así que inventara un idioma que exprese que era ser el mismo.

Para terminar, me parece fundamental destacar la diferencia entre lenguaje y discurso en psicoanálisis. Como describe Di Ciaccia, estar en el discurso quiere decir, saber ingeniárselas en los diversos vínculos sociales que se instauran entre los seres que hablan. El sujeto autista no consiente articularse en un discurso, pero se encuentra dentro del lenguaje, con sus particularidades.

El cuerpo en el autismo...

Para enfocarnos en la cuestión del cuerpo en el autismo, me parece fundamental retomar lo anteriormente mencionado sobre la teoría de Lacan referida al estadio del espejo, donde menciona la cuestión del cuerpo fragmentado como cuerpo desunido. Para entenderlo mejor nos podemos servir del texto de Daniel quien nos cuenta su experiencia desde momentos muy tempranos de su vida.

Sin embargo, mi comportamiento no mejoró. A los dos años de edad empecé a ir caminando hasta una pared de la sala de estar para darme cabezazos contra ella. Balanceaba el cuerpo adelante y atrás, golpeando la cabeza contra la pared, de manera repetida y rítmica. A veces me daba tan fuerte que me hacía heridas. Mi padre me apartaba de la pared en cuanto escuchaba el que pronto se convirtió en el familiar sonido de mis cabezazos, pero yo volvía hacia ella y comenzaba otra vez. En otras ocasiones me sumergía en violentos berrinches, dándome manotazos en la cabeza una y otra vez, y chillando todo lo que podía (Tammiet, 2006, p.16)

Podemos pensar en el cuerpo del autista como un cuerpo fragmentado. Al no sentir el cuerpo como una imagen propia, el sujeto autista intenta delimitar ese cuerpo a partir de conductas que logren una delimitación entre el yo y el no-yo, por ejemplo con los cabezazos en la pared como es en el caso de Daniel.

Freud plantea en Introducción del narcisismo que existe un nuevo acto psíquico que permite el pasaje del autoerotismo al narcisismo. Este nuevo acto psíquico es dilucidado por Lacan a partir del estadio del espejo, modelo que permite a Lacan anudar lo real, lo imaginario y lo simbólico en la constitución del cuerpo y la subjetividad.

Según Lacan, el narcisismo está directamente vinculado a la imagen y la palabra, así el yo sería el resultado de la libido en la imagen. El goce del autoerotismo que se hallaba en las zonas erógenas, como planteaba Freud, a través de la constitución psíquica pasa a enlazarse con lo otro a nivel de la imagen a través de la mediación de un gran Otro. El narcisismo da cuenta de que el goce primero será con el propio cuerpo y luego con una imagen.

El cuerpo del estadio del espejo se constituye mediante una identificación, a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen. El yo representado por un cuerpo, no solo implica la imagen sino que involucra un goce con la imagen.

Tendlarz sostiene la idea de que no hay constitución del cuerpo en el autismo. Por su parte, Eric Laurent, afirma que la falta de cuerpo del sujeto autista tiene una relación particular con sus orificios y con el uso del espacio. El sujeto autista es un ser sin agujero y sin cuerpo por causa de la "forclusión del agujero", con un retorno del goce sobre un borde que constituye el encapsulamiento autista. Francis Tustin, postula el encapsulamiento autista como una barrera protectora frente al mundo exterior, es por esto que se envuelven en sensaciones corporales que incluye la manipulación de objetos,

balanceos o movimientos estereotipados y se vuelven insensibles al dolor. Sin embargo, las modalidades de encapsulamiento varían, van del profundo rechazo del Otro, hasta la inclusión de personas y objetos, como es el caso de Daniel.

El posible trabajo terapéutico...

Siguiendo a Errecondo, quien nos cuenta la experiencia de una institución pensada y montada por Antonio Di Ciaccia, un psicoanalista que plantea el trabajo terapéutico a partir de un dispositivo que posibilite la entrada en el discurso. Esto es llevar adelante las operaciones del lenguaje: la metáfora y la metonimia. Teniendo en cuenta que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, Antonio Di Ciaccia inventó un dispositivo que toma en cuenta las leyes del lenguaje para permitir una posible entrada en el discurso autista. Un dispositivo artificial para que el niño produzca la operación de hacerse representar en la cadena significativa. La intervención debe basarse en el surgimiento de una relación con otro que pueda sustituir al Otro primordial.

El intento de sacar a un sujeto autista del encapsulamiento es un arduo trabajo y se basa en entender que cada sujeto autista tiene su singularidad, por lo tanto el tratamiento no será democrático, en el sentido de brindarles a todos la misma cosa, porque eso sería desconocer la estructura individual del sujeto. Por el contrario se trata de privilegiar a cada autista con un lugar único. Siguiendo a Lacan, el tratamiento debe basarse en la constitución subjetiva que implica la relación a un deseo que no sea anónimo, que haya un otro en el cual el sujeto se cuente. El ser humano se constituye como un sujeto en una referencia a un Otro, en nombre de un deseo que no debe ser sin nombre.

La posición del psicoanálisis es que el sujeto autista ha hecho una elección. Esta elección se hace desde el primer encuentro real con el Otro del lenguaje. Es así que las instituciones que se orientan por el psicoanálisis en el tratamiento del autismo, no se centran en procedimientos específicos o programas de reeducación según protocolos, sino en la manera en que cada sujeto puede hacer habitable su mundo, su espacio, su tiempo y la relación con sus semejantes, siendo dóciles ante su construcción. Los diversos tratamientos del autismo son entonces diversos tratamientos del Otro que implican la voluntad del niño autista de sostener una operación de extracción, de ausencia propia de la dimensión significativa, pero sin tener el recurso simbólico de la represión, por eso inventa otro. Por eso es tan importante prestar atención a las soluciones creativas del niño que vienen a suplir las operaciones simbólicas.

Es necesario que haya en el tratamiento una variedad de diálogos, de talleres, de actividades, de lugares que nos posibiliten cernir la lógica de sus conductas. Una de las mejores maneras es tener en cuenta el objeto privilegiado por el niño ya que ese objeto tiene una función y puede ser utilizado como punto de partida para el trabajo individualizado.

¿Asperger...?

Según la Asociación Asperger Argentina (AAA), el Síndrome de Asperger es "una condición del neurodesarrollo, una variación del desarrollo que acompaña a las personas durante toda la vida. Influye en la forma en que éstas dan sentido al mundo, procesan la información y se relacionan con los otros". En cambio, la orientación psicoanalítica se

diferencia de esta concepción del neurodesarrollo, ya que no disponemos de ninguna teoría que nos garantice una lesión cerebral del autismo. Entonces ¿Qué es el autismo?

El autismo se refiere a un conjunto de síntomas que impiden o dificultan seriamente el proceso de entrada de un niño en el lenguaje, la comunicación y el vínculo social, se diagnostica entre los pocos meses de vida y los dos años. El sujeto autista presenta una ruptura brutal. El "congelamiento" que se produce se debe siempre a múltiples factores, muchos de los cuales no conocemos todavía. Tampoco los conocen las investigaciones científicas actuales. Pero lo que sí sabemos es que el autismo nos confronta al grado cero de la relación del sujeto con el lenguaje y la palabra. Se trata de una palabra que provoca terror, que es una impronta sobre el cuerpo imposible de borrar. Esta es una zona terrible porque los sujetos para tratar de estabilizar la agitación que produce este terror, a veces intentan extraer algo del cuerpo, llegando a la automutilación. (Errecondo, 2015)

Creo que pensar el autismo en términos de "Asperger" o "Autistas de alto nivel" es englobar a todos los casos como iguales, lo que creo muy distinto de la realidad, pensarlo como una patología del neurodesarrollo es una concepción biologicista. Desde mi punto de vista, y entendiendo el autismo como una elección del sujeto, un paso fundamental es apartarnos de esa clasificación del autismo, para poder pensar un posible tratamiento del caso por caso y la singularidad, tal como lo pensamos en psicoanálisis. Un tratamiento con efectos benéficos, es aquel que intente alojar la manera, aunque sea bizarra, que el sujeto tiene de dirigirse al otro.

Sugerimos pensar el autismo en términos de "autismos". Esto nos permitirá plantear las singularidades de cada caso, y a su vez diferenciarnos de posturas que entienden el autismo como una patología y buscarán una única causa común a todos los casos de autismo. Pienso que deberíamos pensar el autismo como un modo de estar en el mundo, una construcción que hace cada autista para hacer habitable su entorno. Es por esto que al hablar de autismos nos referimos a cada autista como un autismo único. Acompañar el tratamiento basándonos en esta idea es fundamental para construir junto al sujeto autista, un modo de estar en el mundo que destaque su singularidad. El caso Daniel es muy valioso para dar cuenta de la importancia que tiene poder encontrar en cada sujeto que es lo que lo moviliza a conectarse con el mundo y con los demás.

A modo de conclusión...

Retomando las memorias escritas por Daniel, resulta ineludible rescatar su desenvolvimiento en la vida adulta: se independiza de su familia de origen, se enamora, decide iniciar una convivencia y consigue un trabajo que le da muchas satisfacciones. Más allá del apoyo incondicional de su familia durante la infancia, no fue allí el lugar donde él logro crecer.

La separación de su entorno familiar impulsó el desarrollo personal de Daniel. Si bien a todo ser humano un cambio de este tipo puede producirle modificaciones en su modo de estar en el mundo, es notable como a Daniel, enfrentarse a nuevos desafíos, le permitió construir nuevas herramientas para desenvolverse en la vida.

Seis meses después de nuestro primer encuentro, tras hablarlo mucho, decidí trasladarme a Kent para estar con él. Un día entré en la cocina y le dije a mi madre de manera prosaica: «Me voy de casa». Mis padres se alegraron mucho por mí, pero también se preocuparon: ¿cómo me las arreglaría en una relación, con todos los altibajos y responsabilidades que implica? Lo que importaba en aquel momento eran las cosas que para mí eran totalmente ciertas: que Neil era una persona muy especial, que yo nunca había sentido por nadie más lo que sentía por él, que nos queríamos mucho y que deseábamos estar juntos (Tammet, 2006, p.92)

La evolución en la vida de Daniel puede ayudarnos a pensar tratamientos con niños autistas. Reconocer la singularidad en cada caso y tomar como punto de partida los intereses personales es primordial. Si pensamos que cada autista es un mundo diferente, tenemos la posibilidad de construir algo, tal como lo plantea Eric Laurent, producir un alargamiento en el mundo del sujeto autista a partir de sus objetos de interés. En el caso de Daniel, podemos destacar el interés que despertaban en él los idiomas y su facilidad para aprenderlos.

Los idiomas siempre me han fascinado y ahora, tras haberme instalado en mi nuevo hogar y creado la página web, puedo empezar a pasar más tiempo trabajando en ellos. El primer idioma que estudié después del lituano fue el español (Tammet, 2006, p.100)

Entre la avalancha de artículos periodísticos y entrevistas radiofónicas que siguieron al éxito de mi récord de π , llegó una oferta de un importante canal de televisión de Gran Bretaña que pensaba realizar un documental de una hora acerca de mi historia, que sería programado en el país y en Estados Unidos al año siguiente (Tammet, 2006, p.117)

Fiel a su singularidad, Daniel cimentó su desarrollo personal relacionándose con los demás, más allá de los esfuerzos que esto implicó.

Mis experiencias en el extranjero me había cambiado, no había duda de ello. En primer lugar, había aprendido muchos detalles sobre mí mismo y podía ver con mucha mayor claridad que antes cómo mi «disparidad» afectaba a mi vida cotidiana, sobre todo mis interacciones con otras personas. Finalmente, comprendí que la amistad era un proceso delicado y gradual que no hay que acelerar o aferrarse a ella, sino que se le debe no sólo permitir, sino también estimular que tome su curso a su debido tiempo (Tammet, 2006, p.89)

Entendemos que hay una manera particular de llevar adelante cada autismo. El *autismo como un modo de estar en el mundo*, permite correr al sujeto autista de la simple etiqueta que muchas veces lo encasilla y no permite pensar en una evolución.

Referencias bibliográficas:

- Errecondo, M. (1991) "Acerca del trabajo en una institución para niños". Trabajo presentado en las Terceras jornadas "Acerca de la clínica psicoanalítica", Santa Fe. Inédito.
- Errecondo, M. (2015) "La palabra que es una amenaza". En: Suplemento Rosario/12 del diario Página/12. Disponible en:<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/rosario/21-50167-2015-07-16.html>
- Lacan, J. (1981) *El seminario. Libro 1 Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires. Paidós.
- Mahler, M. (1958). *Estudios 1 psicosis infantiles y otros trabajos*. Buenos Aires. Paidós.
- Maleval, J. C. (2011) *El autista y su voz*. Madrid. GREDOS.
- Tammet, D. (2006) *Nacido en un día azul*. Londres. Editorial sirio.
- Tendlarz S. (2007) *¿De qué sufren los niños? La psicosis en la infancia*. Cap. 5 "Una perspectiva Lacaniana de tratamiento" Buenos Aires. Lugar Editorial.
- Tendlarz, S. E. y Alvarez Bayon, P. (2013) *¿Qué es el autismo? Infancia y psicoanálisis*. Buenos Aires. Colección Diva.
- Waisburg, H. A. (1992) "Autismo infantil". En: *VERTEX – Revista Argentina de Psiquiatría*, Volumen III, N.º 9, septiembre/octubre/noviembre de 1992.
- Wing, L. (1998). *El autismo en niños y adultos. Una guía para la familia*. Buenos Aires. Paidós.